

# El padre

**L**a luz de Masnou era entonces tan radiante que dolían los ojos al mirarla. Ahora ya todo está como apagado, mis ojos, las ganas de mirar, la misma luz. La vida entera se ha ido apagando como se apagan las personas y los días y las velas de las iglesias y de los cementerios.

Subíamos a la iglesia por la calle de las escaleras. Mi padre era muy alto y muy delgado, iba siempre con un abrigo gris incluso cuando había aquella luz tan radiante. Una mano la tenía en el bolsillo del abrigo y la otra la tenía a un costado, y cuando se paraba o escuchaba a alguien movía los dedos muy suavemente. No miraba a la gente: sonreía y miraba un poco hacia otro lado. Sonreía porque casi no hablaba. Subíamos por las escaleras y de pronto se paraba para que mirase el pueblo, más tarde otra vez, porque ya se veía el colegio de las monjas y luego nuestra casa con el bosque de Guarino y la fábrica de hilos. Llegábamos a la plaza de la iglesia y yo casi no podía respirar y miraba a mi padre pero él nunca respiraba. Caminaba sin mirar a nadie, sonreía sin sacarse la mano del bolsillo y entraba en la iglesia y nos sentábamos en el banco que guardaban para él.

Aquella vez, cuando iba a entrar, le paró Puig, un pintor de brocha gorda que iba siempre con su mono de pintor, incluso los domingos, aunque los domingos iba a los bares ya por la mañana, ya salía de su casa borracho, y se paraba a hablar con todo el mundo. Pero no con mi padre. «Buenos días, don Joaquín», decía casi haciendo una reverencia y apartándose como para no mancharle de pintura. Pero esa vez estaba en la plaza de la iglesia no sé por qué, porque el nunca iba a misa y en la plaza no había ningún bar. Desde la plaza se veía el mar y las casas delante del mar, llenas de palmeras, como la del músico Comellas que ahora es un hombre muy triste que ha perdido la memoria y duerme en los bancos de

la calle porque no se acuerda dónde está su casa que además hace mucho tiempo que vendió. Todos en Masnou vendieron sus casas. La gente que las ha comprado no tiene nada que ver con nada de lo de entonces. Podrían incluso cambiarle el nombre al pueblo y no se enterarían o no les importaría. Tampoco Comellas es el de entonces porque no se acuerda de nada de lo que era entonces, ni siquiera de donde está su casa. Tal vez de una sola cosa se acuerda, pero como es una cosa de la que nunca se habló, que ocurrió pero que no se mencionó, es como si no hubiese ocurrido. Y yo me acuerdo no porque tenga más memoria sino porque no podría olvidarlo aunque hubiese perdido toda la memoria, hasta la memoria de saber que vamos a morir, que es lo que jamás se olvida. Porque es verdad que muchos han muerto sin saber que se estaban muriendo. Mi abuelo estaba en la cama con los ojos abiertos que no miraban a ninguna parte y de pronto, aunque estábamos allí, cerró los ojos sin mirarnos antes y no los volvió a abrir. En cambio Puig sí que se dio cuenta de su muerte.

Los hijos de Puig iban al colegio, pero nadie jugaba con ellos. No porque el padre fuese pintor de brocha gorda y nunca estuviese vestido como una persona. Y tampoco porque los sábados y los domingos en vez de pasear por el Camino Real o sentarse en la rotonda del Casino, aunque no le habrían dejado, o ir a La Calandria a jugar al dominó con los otros obreros, iba a todos los bares y luego paraba a la gente en la calle y si la gente no le hacía caso entonces hablaba solo. A mí me paraba, me tocaba la cara con una mano muy grande y áspera que olía a cal, como las paredes de las casas, y me decía «Tu padre fue muy bueno en el hospital. Si no hubiese sido por él, me habrían matado. ¿Comprendes muchacho por qué le respeto tanto?» Y se le llenaban los ojos de lágrimas y le temblaba la voz. Y cada vez que veo a un borracho y yo mismo cuando estoy solo y temblando de tristeza, me acuerdo de Puig. Si le viese en la calle, con su mono lleno de pintura, le abrazaría y le preguntaría las cosas que él nunca me dijo y de las que los demás nunca quisieron hablar.

Las calles de Masnou eran de tierra, menos las que llevaban a la iglesia, que eran guijarros y el Camino Real que era una acera muy grande, con plátanos quemados por la luz y la sal. Ahora no. Ahora Masnou es un pueblo de asfalto porque es la prolongación de Barcelona, que es de asfalto, y se prolonga hasta el final del mundo, que es también de asfalto. El colegio estaba cerca de la fábrica de hilo. A la hora del recreo jugábamos al fútbol en la calle de tierra. Todos menos Maribel, que era la que en el colegio le hacía cosas al maestro, y los hijos de Puig, Pere Joan y Santiago. Al padre le conocía todo el mundo, muchos desde que era pequeño, como luego nosotros nos conocíamos todos. Como tantos en el pueblo, había sido

republicano, porque tampoco era fácil ser otra cosa. Pero al terminar la guerra los demás supieron callarse a tiempo y vivieron como si no hubiese habido ninguna guerra ni nadie hubiese perdido nada. Pero Puig, como Massana (al que sólo le pudieron encontrar la cabeza con la lengua cortada en un cubo lleno de excremento en la puerta de su tienda), que al principio no salía nunca de su casa por miedo, como todos, cuando las calles de tierra del pueblo estaban vacías y por el Camino Real sólo se paseaban los camisas azules, empezó a ir a los bares y a parar a la gente en la calle para decir cosas en voz baja que nadie quería oír. Y luego en voz alta. Y la gente no le miraba para no tener que contestarle. Como si no se conociesen de nada aunque se conocían desde el colegio, el mismo colegio al que luego fui yo y fueron sus hijos y que ahora está cerrado para siempre desde que descubrieron lo de los maestros y algunos niños. De eso tampoco se habló: cerraron el colegio y ahora no es nada, es una casa vacía, sin número, todavía con una bonita terraza y unos cristales cegados por el polvo que me impiden verme a mí, a Morancho, a Mauri, a Ramentol, a Carlos Pinazo, a Pere Joan, a Santi o a Lafau que está muerto como tantos otros. Porque mi Masnou es el de los muertos. El de los vivos no tiene que ver nada conmigo, y como no puedo verme dentro, me veo, a través de este aire apagado de ahora, en la luz radiante de entonces, jugando al fútbol o a correr mientras Pere Joan y Santi estaban apoyados en la pared del colegio, sin hablarse ni hablar con nadie, y esperando que se terminase otra vez el recreo.

Casi todo lo que sabíamos de Puig era por Marina, que venía a casa a lavarnos la ropa y hablaba todo el tiempo con mi madre. Yo no tenía que salir de casa para conocer a la gente de Masnou. Tantos sitios en los que no había estado, como en la granja de los Jordán, o en el matadero, o en la casa de las hermanas locas, que además eran ciegas, y cuando luego estuve en estos sitios, eran exactamente como lo había contado Marina. Tanto que muchas veces no sé si recuerdo lo que contaba ella o lo que luego vi yo. Ella también había estado en el hospital cuando la guerra y también decía que mi padre se había portado muy bien con tanta gente y que muchos le debían la vida y uno de ellos era Puig. Puig había estado en el frente con el marido de Marina y con muchos del pueblo que luego murieron, aunque muertos ya lo están todos, ya no queda nadie de entonces. Masnou es un pueblo que pertenece a la historia y de esa historia no se acuerda nadie en Masnou. Nosotros en cambio íbamos a la Biblioteca Municipal a mirar *La Enciclopedia Espasa* porque salía una fotografía de la iglesia parroquial de cuando era una iglesia bonita, no esa caja de zapatos con chimenea que es ahora. Y había casi una página explicando la historia del pueblo y de los capitanes que iban a América y de los indios

que volvieron de América a plantar palmeras en las casas, como la de Comellas o incluso la que hay en el centro del patio del colegio de las monjas. Son palmeras de gente que volvió porque tenía nostalgia de Masnou y que plantaron palmeras porque tenían nostalgia de Cuba: plantaban palmeras, bebían caña, vestían a sus hijas, que parecían cubanas, como cubanas, y vivían siempre en casas desde las que se veía el mar. Las casas están allí. Los que no están son ellos. Y no son casas cerradas, como el colegio. Por eso uno regresa a Masnou y cree que está en un pueblo, si es que sigue siendo un pueblo, de usurpadores.

A Puig lo hirieron en el frente y tuvo que volver a Masnou. Primero fue al hospital como enfermo y luego se quedó allí como ayudante de enfermero. Ayudante de mi padre, que había sido el único de la familia que se había quedado con los republicanos porque estaba en un hospital y a él nunca le interesó la guerra; no creía ni en un bando ni en el otro. Por eso pudo portarse tan bien, porque cuando ganaron los nacionales a él no le pasó nada, porque no participó en la guerra y porque mis tíos habían tenido y siguieron teniendo cargos importantes. A Puig y a muchos más iban a fusilarlos en la plaza de la iglesia como ya habían hecho antes con otros a los que les hicieron pintar en la pared de la iglesia los nombres de los «gloriosos caídos», como llamaban a los que murieron por la Causa, también pintar el yugo y las flechas. Mientras pintaban, sonaba un disparo y gritaban que al que dejase de pintar o se volviese, lo mataban en el acto. Sólo se salvó uno, Pagés, el marido de Marina, porque había sido chófer y el alcalde lo quería a él como chófer. Mi padre consiguió salvar a varios de los que habían trabajado con él en el hospital. Eso lo contaba Marina, no mi padre. Mi padre no hablaba nunca, ni con nosotros ni con mi madre ni con Marina. A veces llegaba algún amigo, se sentaban en los sillones de mimbre debajo de la acacia, y se les oía hablar, siempre en voz baja, siempre con una mano en el bolsillo de la chaqueta, y moviendo imperceptiblemente los dedos de la otra, y sonriendo sin mirar a ningún lado.

Mi madre y Marina sí que hablaban y se reían. Casi siempre hablaban de lo mismo. Marina nos había regalado dos conejitos. Me los había regalado a mí, porque yo era su preferido. Pero cuando los metimos en la jaula eran ya de todos. La misma Marina nos llevó al descampado de las hierbas para enseñarnos cuáles eran las hierbas buenas y las malas. Por suerte las buenas eran las más feas y no tenían flores. Cada vez que nos aburríamos en el jardín, íbamos a mirar a los conejitos, arrancábamos ramas de acacia con cuidado de que nuestro padre no se diese cuenta, y hacíamos apuestas para ver cuánto tiempo podían pasar los conejos sin sacar sus bolitas negras. Un día Marina habló con mi madre y fue al lavadero sin la ropa pero con la pala para golpear la ropa, sacó a un conejo de